

EL NEGRO

TIMOTEO

2a. EPOCA

AÑO II

DIRECTOR Y REDACTOR
WASHINGTON P. BERMÚDEZ

Nº 31

MONTEVIDEO, AGOSTO 2 DE 1896

EL DIRECTOR DEL CENSO



ADMINISTRADOR
Pedro W. Bermúdez Acevedo

CALLE TREINTA Y TRES NÚM. 91
Teléfono: «Cooperativa» 648

Suscripción

Mensual \$ 0.80

Núm. suelto . . . \$ 0.20

Atrasado \$ 0.30

He aquí el exacto resumen
De un trabajo muy extenso,
Que con paciencia y cacumen
Hizo el director del Censo:

- «Veinte y tres miniaturistas;
- Acuarelistas, noventa;
- Paisajistas, ciento ochenta;
- Y trescientos marinistas.
- «Suma total de pintores:
- «Quinientos noventa y tres.»
- Con esta nota después:
- «Y solo dos compradores.»
- «Veinte autores de comedias;
- Cien de sainetes caseros;
- Cien de dramas patrióticos;
- Y catorce de tragedias.
- «Son doscientos treinta y cuatro.
- Concurrentes, ciento diez;
- Cuya mitad va tal vez
- Gratuitamente al teatro.»
- «Noventa y seis novelistas,
- Quinientos cinco postas,
- Veinte autores de historietas
- Y mil ocho periodistas.
- «Suma total de escritores:
- Mil seiscientos veintinueve.
- Después esta nota breve:
- «Y solo cinco lectores.»

Gozan, pues, de protección,
Las letras y nobles artes,
Como en Francia y otras partes,
En la uruguaya nación!



Faff

Sumario del número 31—Texto—El director del Censo—Una enana entre gigantes—Emisión sin garantía—Un diputado rural—La fiesta en casa de don Juan—El Banco de la República—Uñas por todas partes—Cosas de negro—Crítica social: Retrato físico y moral de un dandy.
Caricaturas—El director del Censo—Una enana entre gigantes—Crítica social: Retrato físico y moral de un dandy—Y multitud de grabados alusivos intercalados en el texto.

Todo lo que se publique en este periódico sin llevar un pseudónimo ó señal al pie, pertenece al redactor de EL NEGRO TIMOTEO.

Emisión sin garantía

Según cierta base de la carta orgánica del Banco de la República, este puede emitir hasta el cincuenta por ciento de su capital realizado, (es decir, dos y medio millones) en billetes menores de diez pesos moneda nacional.

Los cuales puede convertir en oro ó plata; mas á la manera del fondista aquel que había puesto el siguiente rótulo sobre la puerta de su bodegón:

«Aquí, por veinte centésimos, se sirven diez platos, á elegir.» Era un rótulo de los más tentadores para las personas de mucho apetito y de poco dinero, que constituyen la mayoría de los miseros mortales.

Entró, pues, un individuo en el bodegón, sentóse á una

mesa y llamó al mozo:

—Traeme un caldo con huevo.

—No hay caldo con huevo.

—No? Venga un caldo sin huevo.

—No hay caldo sin huevo.

—Hombre! Una sopa cualquiera.

—Tampoco hay sopa, señor.

—Entonces cuáles son los diez platos á elegir?

—Los que quiera el patrón. El es quien los escoge.

El Banco será como el fondista del cuento, porque puede convertir en oro ó plata los billetes menores; pero á su buen albedrío y no al del tenedor del papel moneda.

Aunque este también puede elegir, entre cambiarlos ó no cambiarlos.

Eso ya es malo para el público, y con todo no es lo peor. Lo peor es aquello que hizo notar el diputado Flores; á saber: que la carta orgánica no indica «cuál será el encaje que responda á los dos y medio millones en billetes.»

Lo que le parece muy lamentable al señor diputado; y por más que se trate de billetes menores, es una de las omisiones mayores de la carta orgánica, que tiene tantos autores como capítulos.

No obstante, el doctor don Antonio M. Rodríguez, uno de los autores de la carta—¡jalá no resulte como la del negro—opina que el señor Flores se halla en error, y que la garantía existe.

«No es posible, replica el señor Flores, y á propósito, se me ocurre una comparación, que aunque anti-parlamentaria, me voy á permitir hacer.

«Me encuentro frente á mi sillón con uno vacío: si alguno me dijese que dentro de ese sillón hay alguien, no habría más que nombrar á quien estuviere en él y yo me convencería de ello. Este caso es algo análogo. No habría más que citar la base donde está la garantía y entonces yo no podría dudar.»

Ninguno de los defensores del Banco de la República contestó al señor Flores. Cómo citar

una base que no figura en la carta orgánica? Sin embargo, ellos ven la garantía de los dos y medio millones de pesos.

Pero la ven al modo que admiraban los aduladores de un rey un traje que este vestía, obra de un sastre famosísimo... por la lengua más que por las obras.

El sastre había manifestado al rey que acababa de llegarle una tela sutil, transparente, aérea, como tejida por manos de hada, y pedía permiso á S. M. para hacerle un traje.

S. M. fué á examinar la tela y aunque solo la tenía el sastre en su magín, fingió que se la enseñaba al rey metida dentro de una caja muy hermosa.

—Observe V. M. qué maravillosa tela! decía el embaucador insigne.

—Oh! qué tela maravillosa! exclamaba el rey, embuchándose la píldora del sastre.

Y como el rey lo afirmaba, los cortesanos repetían:

—Oh! oh! qué maravillosa tela!

El sastre tomó la medida al rey, y concluido el traje ideal lo llevó á palacio. S. M. se despojó del que usaba, púsose el nuevo... y quedóse en camisa y calzoncillos.

Luego viniéronle ganas de lucir el traje por la ciudad y echóse á pié por esas calles seguido de sus aduladores.

—Oh! qué tela maravillosa! barbotaba de cuando en cuando el rey.

—Oh! qué tela maravillosa! ratificaban los cortesanos, á pesar de mirar al rey en camisa y calzoncillos.

Y el pueblo, al que tampoco le engañaban los ojos, por no ser menos que los cortesanos, articulaba á boca llena:

—Oh qué tela maravillosa!

Por fin una viejecita, que al sentir el rumor y las voces de la muchedumbre se asomó al balcón para curiosar, percibió al rey que caminaba como en éxtasis, y balbució con acento dolorido:

—Ay! qué lás buen rey se ha Felizmente el á la viejecita— del séquito, que —Calle la insignia que el rey loco.

—Y cómo? prorrumpió la viejecita, si anda recorriendo las calles en camisa y calzoncillos?

La viejecita que cantó la verdad es el señor Flores, y los diputados que ven la garantía donde no está, son los aduladores del rey.

Aquí el rey se llama Juan, el sastre es su ministro de Hacienda y la base ausente la tela del sastre. Don Juan se ha tragado la historia de la garantía ó no se la ha tragado, que viene á ser igual, y los diputados de la mayoría vociferan:

—Oh! qué garantía maravillosa la de los dos millones y medio de los billetes menores!

Que saldrán á la calle como el rey: e i camisa y calzoncillos... ó sin garantía ninguna.

A no ser que baste la palabra del supremo magistrado.

—Y que sobre.

—La palabra?

—No, el Presidente.

En vano es que el señor Flores haga símiles con el sillón vacío. Antes que persuadir á los diputados que ven la imaginaria tela, persuadiría al sillón y á las paredes de la Cámara.

Tal vez por que las paredes y el sillón tienen la seguridad de seguir en el sitio donde se encuentran, y los diputados no. Por esta razón visible los honorables ven la invisible garantía.

Especialmente los que no ven más allá de sus narices, que son los más, y los que ven en reelección en puerta, que son los menos.

Sin embargo, los menos y los más ven la tela... La tela está en sus ojos, y en esa tela debe cortar el señor Flores. Salvo que le quiten las tijeras, como quien dice que le vuelvan á tapan la boca.

Pero aun le quedará el recurso de la esposa terca, que discutiendo con su marido al borde de un arroyo, chillaba:

—El pájaro que acaba de pasar es tijereta.

—No es tijereta.

—Es tijereta.

—No es tijereta.

Y así continuaron durante algún tiempo, hasta que el hombre, cansado de la tenacidad de la mujer, la arrojó al agua. Ahogándose y todo, la mujer insistía en que el pájaro era una tijereta.

Y cuando ya pegó la tercera zabullida hundiéndose por última vez, todavía se mantuvo en sus trece como si tal cosa.

Esto es, ya completamente sumergida en el arroyo, sacó fuera del agua entrambas manos, y abriendo los dedos índice y del medio en forma de V, para designar de este modo la cola del pájaro, entregó su alma á Dios.

Días después flotaba la mujer panza arriba en el arroyo, siempre con los dedos en forma de V, representando la cola de la tijereta.

Al señor Flores, pues, si le tapan la boca, le quedará el recurso de los dedos, para no ceder en su porfía, cuando es suya toda la razón; y con ellos puede proseguir afirmándola.

Qué mucho que señale con los dedos á los diputados que ven una garantía donde no hay nada? No hace ya tiempo que la gente los señala con las manos y quisiera señalarlos con los pies?

Un diputado rural

(Cuadro de costumbres criollas, en un acto y en verso)

(Dedicado al Centro Artístico Nacional y representado por su cuadro de aficionados.)

ESCENA XXXVI

TRIFONA, BONIFACIA (en el balcón) y CANTALICIA

TRIFONA—(Dando de puñetas á Cantalicia)

Patrón? Patrón? Condenada!

Trompeta de las trompetas!

Tomá para que no metas

Otra vez tu cucharada.

CANTALICIA—(Tratando de esquivar los golpes)

Pero, señora... (Qué oso!)

Antes me lo permitía!

TRIFONA—Es que no era todavía

Representante mi esposo.

BONIFACIA—(Haciendo un saludo á los del coche)

Hasta luego... Que les vaya

Bien en la inauguración...

¡Y esta noche, de función

Con la jilfis uruguayal!

Ya partió volando el coche...

El doctor parece listo;

Veremos si lo conquisto

En la función de esta noche.

TRIFONA—(á Cantalicia)

Si antes yo te toleraba

Ciertos avances, por que

Desde chica te crié...

CANTALICIA—(Y como igual me trataba)

TRIFONA—Hoy, negra, no te perdono

Ninguno, que me revientas.

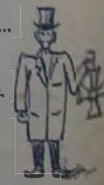
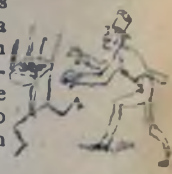
Las sirvientas... son airvientas!

CANTALICIA—(Cada vez se dá más tono)

BONIFACIA—Nunca olvidás, Cantalicia,

Las palabras de mamá,

Porque te castigará



Con rigor....

TRIFONA —No, con justicia.
 BONIFACIA—*Debes* portarte mejor,
 Pues si tú no te enmendaras...
 TRIFONA—Entonces si que á las claras
 Conocerás mi rigor.
 Y lo mismo las demás
 De la servidumbre, pues
 Pienso tomar otras tres
 Domésticas.

BONIFACIA —Estarás
 Más aliviada, *morena*,
 Porque mamá te destina
 Para *ausiliar* de cocina.

TRIFONA—Lo único para que es buena,
 CANTALICIA—(Con tantos humos el juicio
 Perderán estas mujeres)

TRIFONA —Que á propósito no eres
 Para ningún otro oficio.
 En cuanto paguen la dieta
 Nos mudaremos de casa.

BONIFACIA—Por fin nuestra suerte escasa
 Cambióse en dicha completa.

TRIFONA—(á Cantalicia.) Yo te enseñaré mo-
 dales

Para que des esplendor,
 Al *dino* hogar del señor
 Don Olegario Corrales.

CANTALICIA—Está muy bien. (Bicho feo!)
 BONIFACIA—Que desde hoy en adelante,
 Figurará en el brillante
Fofón de Montevideo.

CANTALICIA—Sí, señorita. (Guisota!)

TRIFONA—Ya verás qué *recepciones*
 Va á haber en nuestros salones.

BONIFACIA—Ya lo verás, negra idiota.
 CANTALICIA—(Están locas de remate!)
 Por supuesto.

BONIFACIA —Y tú tal vez

Nos servirás el Jerez
 Y el *vermú*... y el chocolate.

TRIFONA—Vamos luego á la función
 Que hay en Solís.

CANTALICIA —(Qué *guasonas!*)

BONIFACIA—A lucir nuestras personas
 Dentro de un palco-balcón.

TRIFONA—Mirá el *osequio* exquisito
 De mi consorte Olegario.

(Muestra la joya, lo mismo que Bonifacia.)

BONIFACIA—Y mirá este solitario.

CANTALICIA—(Qué *guarangas!*) Muy bonito!

TRIFONA—Como nuestra *posesión*

Cada día ha de aumentar,
 Negra, nos *debes* tratar
 Con *respeto* y *sumisión*.

BONIFACIA—De cumplir con tus deberes
 Es preciso te *cuidés*.

TRIFONA—Y por fin que no *olvidés*
 Lo que *semos*....

BONIFACIA —Y lo que eres!

(Salen orgullosamente.)

ESCENA XXXVII

CANTALICIA

Va á terminar el asunto
 Por que me den con un palo.
 Es malo que á un zongo malo
 Se le aparezca un *dijunto*.
 «De cumplir con tus deberes
 Es preciso te *cuidés*,
 Y por fin que no *olvidés*
 Lo que *semos* y lo que eres!»
 Una y otra sabandija
 Van tomando una *hinchazón*
 De globos... Pero qué bon
 La tal madre y la tal hija?
 Lo que son... es lo que han sido
 Y lo que serán: *gentuzal*
 La muchacha, una *lechuza*
 Que va *campiando* un marido.
 La vieja un *tipo guarango*
 Que *avra* trata de ser gente;
 Y el viejo un *opa* y un *ente*
 Y un *mulita* y un *zanguango*.
 Una *mocosa* chifada,
 (Hace que se atorolla la frente.)
 Una vieja que anda mal;
 Y un *disputado* rural

Que han salido de la nada.

Son tres *guisotes* cabales

Que se prestan al *lúeo*.

(Acercándose á las luces y dirigiéndose al público)

Y así hay en Montevideo

Mucha familia Corrales!

FIN DEL JUGUETE

La fiesta en casa de don Juan

JUAN—Angel, qué te parece mi idea?

ANGEL—Cuál?

JUAN—Hombre! no penetras mi pensamiento?

ANGEL—Yo no soy adivino, caramba!

JUAN—Entonces cómo cuen-
 tas que haces pronósticos?

ANGEL—Pronósticos de
 enfermedades, Juan, que
 así se llaman los juicios
 formados por los médi-
 cos, en virtud de los sím-
 tomas de una dolencia;

mas de eso á conocer la
 mente de una persona!...

JUAN—Ah!... yo suponía que lo mismo era
 Pepe que José. Corriente. Pues tengo la idea
 de obsequiar con un té á don Luis de Saboya,
 duque de los Abusos.... Vaya un título raro!

ANGEL—Duque de los Abruzzos, Juan, una
 comarca del reino de tu grande y buen amigo...

JUAN—Habré leído mal... Sí, ahora recuerdo
 mis estudios de geografía... Los Abruzzos... (Pen-
 sando.) Precisamente: una comarca de Venecia.

ANGEL—No, del antiguo Nápoles...

JUAN—O de Nápoles, tanto importa. Nápo-
 les ó Venecia, todo es Italia. Créés tú que el
 duque aceptará el convite en mi domicilio?

ANGEL—Como no? Al momento. Y pasará
 un buen rato. (De veras que pasará un buen
 rato.)

JUAN—Le ofreceré un té con galletitas
 Marla?

ANGEL—Oh! qué burgués, qué ordinario!

JUAN—Angel, yo ordina-
 rio, yo burgués? Yo, que
 como lo ha manifestado
La Nación con verdadera
 imparcialidad y justici-
 a, he desarrollado con
 mis reuniones la cultura
 social en Montevideo!

ANGEL—No, Juan, no.

JUAN—Que no he desarrollado la cultura
 social en Montevideo? Y te atreves á chantár-
 melo en mi cara, en esta cara llena de nobleza
 y de majestad?

ANGEL—No, Juan, no.

JUAN—Con que mi rostro carece de majestad
 y de nobleza?

ANGEL—Quería significarte que no eres ni un
 burgués ni un ordinario. Al revés...

JUAN—No me hables de revés, por tu vida;
 no me hables de revés.

ANGEL—Juan, es una palabra muy decente.

JUAN—Lo será; pero me recuerda un golpe
 del que fué mi juego favorito; un golpe en que no
 hallaba rivales. Sin embargo, Angel, nada de
 memorias de la cancha. O te has propuesto
 sacudirme en las mataduras?

ANGEL—Ese si que es un
 término bajo. Tú que me
 reprochabas el revés... To-
 davia si dijese en la
 cuerda sensible, en la
 parte dolorida...

JUAN—Conforme.

ANGEL—En cuanto á lo de
 burgués y ordinario, me re-
 fería al té, no á ti.

JUAN—No obstante, en mis lunes...

ANGEL—Para la gente que concurría á tus
 salones... no estaba malo el té con las galletitas
 esas...

JUAN—La gente que concurría á mis salones,
 pertenece á lo más aristocrático de la sociedad
 uruguaya.

ANGEL—Admitido. Pero si lo más aristocrá-

tico de esta sociedad, se ha acostumbrado á las
 galletitas Maria, compañeras inseparables del
 té, el príncipe de los Abruzzos...

JUAN—No tomaré té?

ANGEL—Sí; aunque no con galletitas. Esto es
 muy poco chic y demasiado cursi. Tocante á la
 mesa, Juan, déjalo de mi cuenta, que entre yo
 y Charpentier lo arreglaremos. Una cosa de
 rechupete.

JUAN—Por supuesto que lo pagará el tesoro
 público.

ANGEL—Naturalmente,
 como fiesta oficial. Echese
 y no se derrame, ya que
 lo costea el Estado.

JUAN—Que el príncipe
 sepa como las gasta el
 hojalatero... Caracoles! El
 Presidente de la República.

ANGEL—A la oriental, suntuosamente, para
 no desmentir el nombre de la tierra donde vi-
 mos la luz.

JUAN—Tú naciste en Entre-Ríos.

ANGEL—Bueno; rectificaré: en la tierra de
 mis mayores.

JUAN—De nuestros mayores.

ANGEL—No, en singular solamente; que mis
 mayores son hijos de Paysandú y los tuyos son
 hijos de los Pirineos franceses. Aquí, en con-
 fianza, te he vuelto gentilmente la pelota.

JUAN—Dále que dále! La pelota... el revés...
 Mira que me enojo. O te figuras que por fran-
 quearme contigo y no llevar la banda he dejado
 de ser el Presidente? Busca otras metáforas,
 Angel.

ANGEL—(Metáforas!) Juan, con banda y sin
 banda te respeto inmensamente.

JUAN—Gracias.

ANGEL—Ahora te manifestaré que me pones
 en aperturas con tu orden de las metáforas. No
 debo mencionar la pelota, ni el revés, ni el
 saque, ni la cesta, ni el tambur, ni la pala, ni...?

JUAN—No permito. (Tose.)

ANGEL—Entonces tampoco
 podré pronunciar la pala-
 bra guantes.

JUAN—Eso sí.

ANGEL—Aunque se a
 delante de gente extraña?

JUAN—Aunque sea delan-
 te de gente extraña, porque
 á nadie se le ocurrirá que

sacas á colación...

ANGEL—Aquello.

JUAN—Justamente, aquello de la cancha.
 Jesús! Ya se me fué la mula. ¡Qué barbaridad!

ANGEL—Ves? Te ha pasado lo mismo que á
 Juan el Zongo.

JUAN—(Alzando la voz.) El qué?

ANGEL—No te sulfures, que es una historieta.

JUAN—Ah! una historieta? Se me antojó...

Narrame la historieta. Yo soy como los mucha-
 chos para los cuentitos, á pesar de mis años y
 de mi posesión.

ANGEL—Posición.

JUAN—O de mi posición. Desembucha,
 Angel.

ANGEL—Pues ese tu tocayo Juan el Zongo...

JUAN—Sin alusión personal?

ANGEL—Sin alusión personal. Ese tu tocayo,
 aburrido del apodo que
 le daban, presentóse ante
 el alcalde y le pidió que
 prohibiese á los de la aldea
 que le siguiesen llamando...

JUAN—Juan el Zongo.

ANGEL—El alcalde citó
 á los vecinos, y repetida la
 queja por Juan el Zongo,
 que se apellidaba Gonzalez, la autoridad gritó
 alzando la vara y amenazando con ella á los
 rústicos: Como es muy puesto en razón lo que
 solicita Juan Gonzalez, alias el Zongo, desde
 hoy vedo que se le aplique el mote. Y si alguno
 de los presentes infringe esta disposición, auto-
 rizo á Juan el Zongo... miento, á Juan Gonzalez,
 para que le rompa el alma...



EL NEGRO TIMOTEO

Si la patria sigue así
Como hasta el presente va,
En veinte años estará
Como la vemos aquí.
Y cuando así la miremos
Flaca, pobre, como en ruinas
Se encontrarán las vecinas
Del modo que aquí las vemos.
Oh! gobiernos traficantes
Mañana, por culpa vuestra,
La gloriosa patria nuestra
Será enana entre gigantes!

UNA ENANA ENTRE GIGANTES



Baffi

JUAN—Y Juan Gonzalez?

ANGEL—En seguida de manifestar su gratitud al juez, se encaró con los vecinos y les espetó un discurso, acabando por decirles:—Ya lo habeis oido: el alcalde me faculta para que os zurre la badana si me plantais el sobrenombre. Y yo os juro que os pegaré una felpa... Os lo juro á fé de Juan el Zonzo!

JUAN—De manera que él mismo se chantaba el apodo?

ANGEL—Como tú, que esquivando mentar aquello... lo expresaste con todas sus letras; así: cancha!

JUAN—Angel! (Tose.)

ANGEL—Perdona... Es la fuerza de la costumbre, que obligaba á darse su sobrenombre á Juan el Zonzo... Como departimos en amor y confianza!

JUAN—Charlemos acerca del príncipe de los Abruzzos... Lo recibiré con banda ó sin banda?

ANGEL—Con banda, Juan, qué pregunta!

JUAN—Lo esperaré en la puerta de calle?

ANGEL—No, en la puerta del salón.

JUAN—Y le extenderé la mano ó lo saludaré con la cabeza?

ANGEL—Inclina la cabeza al estrecharle la mano.

JUAN—Y le interrogaré...?

Escucha: Señor príncipe, que tal le ha ido á Vd. de viaje? Cómo está la familia de Vd? Qué ha sabido Vd. de la salud de mi

grande y buen amigo el rey Humberto?

ANGEL—Primeramente, no has de tratarlo de usted sino de Alteza.

JUAN—De Alteza?

ANGEL—Sí, para que él te corresponda...

JUAN—Ah! me titulará Excelencia? Un príncipe! Qué honor para mí! Con tal de que me califique de Excelencia, yo sería capaz de atracarle Vuestra Beatitud...

ANGEL—Si fuera Papa!...

JUAN—Con qué me titulará Excelencia? Todo un duque de Saboya, de la sangre de Victor Manuel... Quién se imaginaria allá en mi mocedad?... Vuelta á lo de Juan el Zonzo!

ANGEL—(Riendo.) Los atavismos!... Respecto á cómo le ha ido del viaje, cómo está la familia, qué ha sabido de la salud de mi grande y buen amigo el rey Humberto, son vulgaridades.

JUAN—Vulgaridades?

ANGEL—De lo más plebeyo, te lo garantizo. Yo te escribiré un formulario de la conversación que debes sostener con el príncipe, para evitar que incurras en patochadas y trivialidades.

JUAN—A la obra, Angel, á la obra.

ANGEL—En el acto?

JUAN—Inmediatamente. Así tendré tiempo de estudiar mi papel...

ANGEL—También te recomiendo que no te excedas en las cortesías, como cuando visitaste al contralmirante de la escuadra argentina, que cedías la derecha á los marineros.

JUAN—Trázame otro formulario para las cortesías.

(Angel se sienta á escribir. Juan se pasea repitiendo.)

En mi casa un duque de los Drusos... de los Abruzzos!... Un príncipe de Saboya!... Y me titulará Excelencia!... Un primo ó

sobrino del rey de Italia!... Qué honor para mí!... Qué honor para mis parientes de los Pirineos!

El Banco de la República

(Canta del paisano Masimiliano Larrosa al baidano Gregorio Fuentes.)

Me escribis que es una peta
Lo del Banco del Estao,

Y que soy un gran bobeta
Por haberme comulgao
Esa rueda de carreta.

Y me añadís que vendrá
Cuando paran los carneros.
Tenga cola el aperiá,
No grite tanto el chajá
Y haiga burros parejeros.

Pues mirá, vos que te crees
Con más cencia que un dotor
Al derecho y al revés,
Respeto al Banco, sabés?
Te has pisao el maniador.

Aquí tengo una gaceta
Ande he lido que se funda;
Luego hablás de paporreta,
Y sos dino de una tunda
Por autero y por paleta.

Se ha de abrir dentro del plazo
De este mes á más tardar,
Lindo, macota y machazo.
Asina, pa qué dudar?
Ya el chivo cayó en el lazo.

Cierto que mucho ha costao
Agarrar ese chorlito
Que andaba muy resabiao;
Pero al fin pisó el palito
Y en la jaula está encerrao.

Asigún cuenta el papel
Referido, en que un muchacho
Traiba envolvido un tristel,
Hicieron largar el guacho
De la plata á un tal Cassel.

Ese Cassel, que es un gringo
De Inglaterra y tiene un socio
Que no parece tilingo,
Al comienzo del negocio
Andaba sentando el pingo.

Pero el menistro de Hacienda
Tanto y tanto le rogó,
Y le entregó tanta prenda,
Que al cabo soltó la rienda...
Y el Banco se fabricó.

La gente que del bozal
Nos va llevando, es tan trucha
Pa hacerse del vil metal,
Que cuanti á plata, jué pucha
La saca de un pedregal!

Encontrando quien emprieste,
Venga! grita, y se la agarra,
Cueste al pueblo lo que cueste;
La cosa es seguir la farra
Y proteste el que proteste!

Pa obtener el capital
Del Banco, cinco millones
De pesos justo y cabal,
Dá diez el gobierno atual,
Inclusas las comisiones.

Además tuitos los meses
Hay que aflojar un tamaño
Montón pa los intereses,
Que suman al fin del año
Lo que valen cien mil reses.

En resumen: pa abonar
Los cinco millones esos,
Cuasi un siglo ha de pasar,
Y el país deberá soltar
Treinta millones de pesos!
Asina las cuentas son
De la gaceta en custión,
Cuentas claritas, Gregorio...
¡Animas del purgatorio!
Fijáte qué negocio!

Antes de haberse cumplido,
Y antes de haberse corrido
La cuarta parte del plazo,
El Banco estará fundido...
Y el país sufrirá el porrazo.

Lo que sí, no supongás
Que á vos ó cualquiera pobre,
Anque honraos como el que más,
Van á conceder, ni un cobre
Sin la protección un as.

Que te lo daban. Velorio!

Ni medio cobre. Afílate!
Pa conseguirlo, Gregorio,
Es preciso que un manate
Te presente al directorio.

Y este manate presunto,
Solo por tu lindo aspecto
No ha de procurarte el unto.
La coima, dirá el sujeto,
Y te ha de cantar el punto!

Porque la coima hoy en día
Se halla á la moda, velay;
Sin ella, ché, no hay tu tia.
Siempre en los negocios hay
Por medio una compañía.

La compañía es Fulano,
Zutano, Juan, Federico,
Angel, Pedro, Perengano;
Y en poco tiempo el Mengano
De la coima se hace rico.

Asina, si vos lográs
Ser amigo de un manate
Y alguna coima le das,
Lo que quieras morderás,
No pidiendo un disparate.

Mas si te falta un padrino,
Gregorio, tené por cierto
Que sacarás... algún chino;
Pero plata? Ni un comino;
Ya podés echarte á muerto!

Salvo que en la votación
Futura metás la pata
En pró de la situación;
Entonces te aviás de plata;
Mas la coima es de cajón.

Lo mesmo si te ponés
De periodista oficial
Y al gobierno encarecés;
Abierta asina tenés
Alguna Cuenta Especial.

¿Que vos carecés de juicio
Pa escribir y erudición?
Eso no te hace perjuicio;
Al contrario, es condición
Necesaria pal oficio.

¿Pensás vos que un racional
Con solo un dedo de frente
E istrucción superficial,
Defendería á la gente
De la situación atual?

Y aura que sabés la cosa
Del Banco y manera honrosa
De conseguir el dinero,
Se despide tu aparero.

Masimiliano Larrosa.

V.º B.º TIMOTEO.

Uñas por todas partes

Decían á cierto jefe político que tenía como guardia civil al ex-capitán de una gavilla de ladrones:

—Pero ese hombre es un solemne raspa!

—Lo fué, contestó el jefe político; mas hoy se halla completamente arrepentido de su antigua profesión; y como nadie mejor que él conoce los del oficio, lo he

contratado en la seguridad de que va á penetrar á muerte.

En efecto, el guardia civil no dejaba á sol tu á sombra á los caballeros de industria, por aquello de que no hay peor cuña que

la del mismo palo.

Parece ser que el coronel Pedragosa piensa lo mismo que se colega del cuento y conviene á algún raspa en guardia civil. Sin embargo, como á las veces sale la criada responsable resulta que el agente de policía suele desempeñar su servicio y al par ejercer su antigua profesión.

Tal ha ocurrido á lo menos con un Fernandez, sargento por añadidura, al cual acompañaron con las manos en la masa ó sea con

unas gallinas que acababa de robar á un farmacéutico.

—Dese preso, pícaro! le gritó el redactor de *El Norte*, también apellidado Fernandez.

—Tocayo, no me conoce? Soy Fernandez, el sargento de policía Fernandez. Además, ya vé Vd....

Unas miserables gallinas!

Media docena no más.

Para qué las necesita el boticario?

—Para qué, bribón? Para comérmelas, gruñó el boticario.

—Bah! No le he robado el algibe, que es lo que á Vd. le conviene.

—El algibe?

—Pues, por el agua para preparar los remedios.

—Insolente!

En esto huyó el sargento, siempre con las gallinas, golpeándose la boca y cacareando:

—Cocorocó! Cocorocó! Quién agarra de la cresta á este gallo criollo?

Echaron á correr detrás del gallo, que aunque con alas en los talones como Mercurio, volaba más ligero que un gavián.

Entre tanto la noticia del hurto circulaba por la población y todos los vecinos se pusieron á perseguir al sargento; quien, salta aquí un alambrado, allá una zanja y acullá una pared, se presentó por la calle de Ituzaingó, ya sin gallinas.

Con el susto y por andar más liviano había soltado la presa. O mejor, de toda la media docena de gallinas no quedaba más que él. Valiente gallo!... Verdad que era un gallo criollo.

Varias personas con quienes se topó el bipeo implume, quisieron cazarlo á tiros y le hicieron una descarga á quema ropa; pero como Fernandez no es blanco....

claro está que no le acertaron los tiros.

O tal vez llevaría en un escapulario alguna de esas oraciones que preservan de las balas.

«Acorralado el bicho, cuenta *El Norte*, contramarchó y tomó por la calle de Zeballos, en dirección al forín de Santa Helena.»

No para morir allí como Napoleón en la isla de igual nombre, sino para salvar.... la línea y refugiarse en el Brasil.

En la primer esquina por que debía pasar estaban un guardia civil y don Andrés Leivas, un empleado de *El Norte*.

—El primero que asome por aquí es el kapianga, dijo el empleado al guardia civil...

Figúrense Vds. si en ese momento muestra la nariz el coronel Pedragosa!

Lo malo fué que Leivas agregara:

—Apróntese, y en cuanto asome, quémelo no más!

El guardia civil cargó la carabina (lo cual demuestra la subordinación, disciplina y orden de la policía de Rivera, que obedece á un particular) y en breve oyó las voces de:

—Atajen, atajen!

•De pronto, con el kepí en la mano, el capote envuelto en el brazo izquierdo y el machete desenainado, con la lengua de fuera, jadeante, receloso, y en fin como zorro que corren los perros, aparece el sargento Fernandez.»

Qué cuadro vivo! Debía pintarlo don Diógenes Hequet como uno de los *Episodios Nacionales* y regalárselo al coronel Pedragosa, para que lo colocara en el principal salón de la jefatura como un recuerdo de su administración.

—Dese preso! gritó el guardia civil abocando la carabina al fugitivo.

—Eh! soy el sargento Fernandez. No me conoce? Soy su superior el sargento Fernandez.

El no me conoce es de lo más chistoso!

—Ese es el ladrón, ese es el ladrón! ese es el ladrón! repetía el grupo que venía acosando al sargento.

—Ise é o meu sargento, o meu superior, contestó el guardia civil, un hijo... del Estado de Rio Grande.

Y no disparó la carabina, en lo que se condujo muy bien.



Mas no detuvo al raspa, que aprovechándose de la confusión, siguió como Villadiego hacia la avenida Arenal Grande y se internó en la ciudad de Santa Ana do Livramento.

Que fué de verdadero *livramento* para el sargento Fernandez.

Comunicadas todas las ocurrencias al coronel Pedragosa, este respondió filosóficamente:

—Lo único que siento es que Fernandez se haya ido con la balota!

Qué policía la de Rivera!

El Norte, que refiere este caso, con razón titula su artículo: *Los agentes de policía robando.*

—Y el Presidente?

—Robando el Presidente? Cómo es eso?

—No, por Dios! Y el Presidente, qué dirá?

—Dirá probablemente:—Coronel Pedragosa, trate de recobrar la balota del sargento y prepáreme alguna fiestita con un pretexto cualquiera, que la pagará el Estado.

Así es que vemos uñas por todas partes.

Cosas de negro

Hemos tenido el gusto de recibir la novela *Valmar*, escrita por don Matco Magariños Solsona y editada por la Imprenta y Litografía Oriental, calle de los 33 núm. 112. La impresión es buena.

La obra consta de dos tomos y su lectura es muy agradable. El autor de *Valmar*, ya conocido por la publicación de *Las Hermanas Flammar*, anuncia dos nuevos libros: *Quien planta en tierra ajena pierde la semilla* y *la planta*, en prensa, y *Cuentos*, en preparación.

Tanto al señor Magariños Solsona como al editor del libro les deseamos un gran éxito.

Dice un telegrama que la reina de Inglaterra se va quedando corta de vista.

Sin embargo, no renuncia la corona en favor del príncipe de Gales, á quien le sobra la vista y otras cosas.

De modo que la reina tiene todavía suficientes ojos... para percibir la diferencia que hay de ser reina á ser ex-reina.

Dice el diario de la Sociedad de la Alabanza Mutua, refiriéndose á un «marinero que se enroló ha poco en la *Lancaster*, buque de guerra norte-americano, y sobre el cual (este *cuál* es el marinero, no el buque, á pesar de lo que dice el diario) recaen sospechas de que pueda ser José Clemente,» ex-guardia civil que una negra ha delatado como asesino de Butler.

«La comandancia de Marina ha tratado de que Antonio Ramos baje á declarar ante el juez del Crimen; pero esto no ha sido posible. El jefe de la fragata expone que no tendría inconveniente en enviar al marinero si lo requieren las autoridades del país del señor ministro de los Estados Unidos y este lo ordena.»

Las autoridades del país del señor ministro de los Estados Unidos, son las autoridades de los Estados Unidos, que no tienen arte ni parte en el proceso sobre la muerte de Butler. Es imposible, pues, que el jefe de la fragata *Lancaster* haya dado tan disparatada respuesta. Lo que el jefe habrá contestado, será lo siguiente:

—Bove no renuncia ni lo destituyen, no, señor, diga lo que diga *El Pueblo* de San José.

—Porqué?

—Porque, según *La Nación*, el jefe político es amigo personal del Presidente.

—Y el Presidente es amigo personal del jefe político? Vaya una razón de pié de Banco.

—Pues por eso mismo... Y esa razón no quiere fuerza, como que ya la tiene poderosa...

Por lo menos tiene una fuerza de dos caballos!

Ave Maria es una melodía para una sola voz, escrita por don I. R. I. del colegio Pío de Villa Colón. El modesto autor de esa pieza de música, nos ha obsequiado con un ejemplar de su obra, que agradecemos sinceramente.

Don Serafin Ledesma nos ha enviado su folleto titulado: «En honor de Joaquín Suarez—Ligeros contornos de su figura histórica, trazados para la niñez.» Muchas gracias por el recuerdo.

—Entonces el vasco piensa discursar?

—No, quien echará la perorata será don Federico...

—Pero no decías que el Presidente iba á abrir la boca?...

—Naturalmente.

Y con el mayor placer que puedas imaginar, Mas no para discursar: Tan solo para comer.

Principio quieren las cosas. Lo primero es tragar en el Banco y lo último tragar al Banco. Todo es cuestión de Banco y de tragar.

—Bove no renuncia ni lo destituyen, no, señor, diga lo que diga *El Pueblo* de San José.

—Porqué?

—Porque, según *La Nación*, el jefe político es amigo personal del Presidente.

—Y el Presidente es amigo personal del jefe político? Vaya una razón de pié de Banco.

—Pues por eso mismo... Y esa razón no quiere fuerza, como que ya la tiene poderosa...

Por lo menos tiene una fuerza de dos caballos!

—Que no tendría inconveniente en enviar al marinero, si así lo requieren del señor ministro de los Estados Unidos las autoridades del país; esto es, nuestras autoridades.

Corazón ladino, lengua no ayuda, según la frase atribuida al paraguayo.

O solo ayuda para echar incienso y mirra á los miembros de la Sociedad.

Hemos recibido una invitación del señor Maveroff, para asistir á la «inauguración de una Exposición permanente de cuadros antiguos y modernos, así como de otras obras de arte, en los altos de su casa calle del Sarandí núm. 305.»

Sería de sentir que entre esos cuadros, no hubiera algún retrato de don Juan Idiarte Borda, con insignia de mando y todo, ó mejor dicho, con tres bandas: la de aduladores, que siempre lo rodea; la presidencial, que usa sin ton ni son, y la de cualquier cuerpo de línea de las que le tocan el himno á cada rato.

Con ello le darían por el gusto á don Juan, porque estaría en *exposición permanente...*

Sirviendo *pal patronato*

Que le iría menos mal,

Pues *titearlan* al chato,

Solo en persona-*retrato*,

No en persona-*original*.

El órgano oficioso asegura que el 25 de Agosto «empezará á funcionar el Banco de la República». Se lo ha manifestado el ministro de Hacienda. Luego lo sabe de buen vino; es decir, de buena tinta.

De suerte que el 25 de Agosto se van á abrir tres cosas:

el Banco de la República,

la boca de don Juan de Mercedes, y el apetito

de los que esperan *clavar* al futuro, que son todos los de la cofradía de la uña.

—Entonces el vasco piensa discursar?

—No, quien echará la perorata será don Federico...

—Pero no decías que el Presidente iba á abrir la boca?...

—Naturalmente.

Y con el mayor placer que puedas imaginar,

Mas no para discursar: Tan solo para comer.

Principio quieren las cosas. Lo primero es tragar en el Banco y lo último tragar al Banco. Todo es cuestión de Banco y de tragar.

—Bove no renuncia ni lo destituyen, no, señor, diga lo que diga *El Pueblo* de San José.

—Porqué?

—Porque, según *La Nación*, el jefe político es amigo personal del Presidente.

—Y el Presidente es amigo personal del jefe político? Vaya una razón de pié de Banco.

—Pues por eso mismo... Y esa razón no quiere fuerza, como que ya la tiene poderosa...

Por lo menos tiene una fuerza de dos caballos!

Ave Maria es una melodía para una sola voz, escrita por don I. R. I. del colegio Pío de Villa Colón. El modesto autor de esa pieza de música, nos ha obsequiado con un ejemplar de su obra, que agradecemos sinceramente.

Don Serafin Ledesma nos ha enviado su folleto titulado: «En honor de Joaquín Suarez—Ligeros contornos de su figura histórica, trazados para la niñez.» Muchas gracias por el recuerdo.

—Entonces el vasco piensa discursar?

—No, quien echará la perorata será don Federico...

—Pero no decías que el Presidente iba á abrir la boca?...

—Naturalmente.

Y con el mayor placer que puedas imaginar,

Mas no para discursar: Tan solo para comer.

Principio quieren las cosas. Lo primero es tragar en el Banco y lo último tragar al Banco. Todo es cuestión de Banco y de tragar.

—Bove no renuncia ni lo destituyen, no, señor, diga lo que diga *El Pueblo* de San José.

—Porqué?

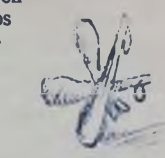
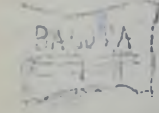
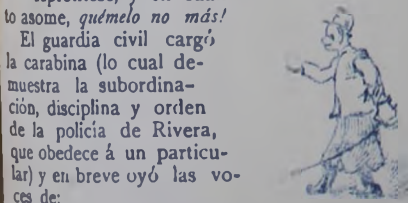
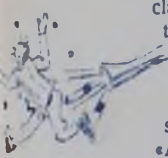
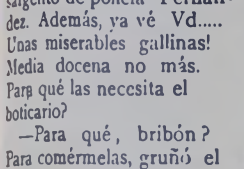
—Porque, según *La Nación*, el jefe político es amigo personal del Presidente.

—Y el Presidente es amigo personal del jefe político? Vaya una razón de pié de Banco.

—Pues por eso mismo... Y esa razón no quiere fuerza, como que ya la tiene poderosa...

Por lo menos tiene una fuerza de dos caballos!

Ave Maria es una melodía para una sola voz, escrita por don I. R. I. del colegio Pío de Villa Colón. El modesto autor de esa pieza de música, nos ha obsequiado con un ejemplar de su obra, que agradecemos sinceramente.



Critica social

Retrato físico y moral de un dandy

Por P. W. B. A. y dibujos de O. A.

Ante todo, no hay regla sin excepción ó sacerdotote sin coronilla. Hay dandys buenos, entre los malos; más son tan pocos... que una golondrina no hace verano.

Principiando el retrato por la parte capital, veamos el idem, que poseén siempre, y no es moco de pavo que digamos. Helo aquí:



Por lo visto el dandy es rico, pues tiene cuentas corrientes y confianza en la plaza. Por lo tanto su Debe y Haber tendrá que ser este, á no equivocarme:



Por lo que se vé, el dandy hará repetir el prodigioso milagro de los panes, pues, según lo que salta á la vista... Seguramente para ello ha hecho competentísimos estudios, como por ejemplo los siguientes:



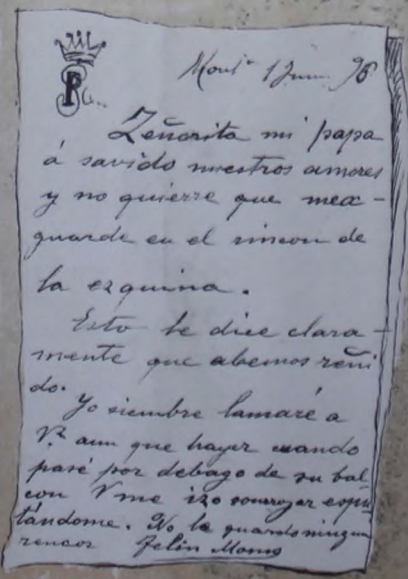
Inspirados por cierto, en la selecta biblioteca, que en sitio preferido y á corto alcance tiene siempre á su disposición, tal como la que aquí abajo va esbozada:



Con cuya lectura, al cabo de cierto tiempo ha conseguido tener lo que sigue:



Lo que equivale á tener un talento... hasta allá, capaz de producir obras como la siguiente carta:



Lo que le dá renombre, luz y ainda más, entre el círculo de sus amigos, embobados con su inteligencia, como este:



A pesar de que para el mundo, no tiene más prendas que las que siguen:



Quedando, pues, en descubierto



Y probando que su valer social es el siguiente:



Con lo cual doy término á este esbozo. P. W. B. A.